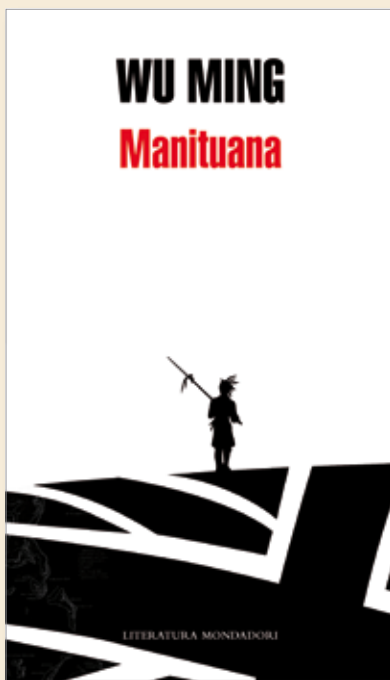


Manituana

Wu Ming



Extracto del capítulo I

Primera parte IROQUIRLANDA 1775

Habían llevado también a los niños, para que algún día se lo contaran a sus hijos y nietos. Después de muchos intentos, el asta por fin estaba recta. El Mástil de la Libertad.

Un tronco de abedul, cepillado y pulido sin mucho esmero.

Un rollo de cuerda. Un retal de paño rojo cortado de una manta. La bandera del Congreso Continental.

El comité de seguridad de German Flatts aprobaba su primer documento: la adhesión a las reclamaciones que la Asamblea de Albany había enviado al Parlamento inglés. El pastor Bauer procedió a su lectura. El texto se cerraba con el solemne compromiso de «permanecer unidos, bajo los valores de la religión, del honor, de la justicia y del amor por la Patria, para no ser esclavos y defender la propia libertad a costa de la vida».

El estandarte comenzaba a elevarse, celebrado con cantos y plegarias, cuando el ruido de cascos interrumpió la ceremonia.

Una partida de jinetes se presentó en el atrio. Blandían sables, fusiles y pistolas. Alguien disparó al aire, mientras la pequeña multitud buscaba refugio entre las casas. En la explanada quedaron pocos valientes. Cabezas asustadas asomaban por detrás de los muros, los huecos de las puertas y las ventanas de la taberna.

Un nombre saltó de una boca a otra, en un juego de voces.

El nombre del hombre que disparó al cielo.

Sir John Johnson.

Junto a él, los hombres del Departamento de Asuntos Indios. Sus cuñados Guy Johnson y Daniel

Claus. Justo detrás, los capitanes John Butler y Cormac McLeod, comisario de los Jonson y jefe de los aparceros escoceses que cultivaban las tierras del baronet.

Faltaba solo el viejo patriarca del clan, sir William, héroe de la guerra contra los franceses, señor del valle del Mohawk, fallecido un año antes.

Sir John montaba un purasangre bayo de pelo brillante, furente por la presión del bocado. Se apartó del grupo y empezó a cabalgar por el perímetro de la explanada, mientras miraba a los miembros del comité con aire desdeñoso, uno tras otro.

Guy Johnson llevó su caballo a la sombra de un cobertizo y se subió allí con dificultad, a causa de su mole.

—Adelante, estamos aquí para discutir —dijo a las casas—. Es esto lo que queréis, ¿no?

Nadie respiraba. Sir John dio un tirón a las riendas, el caballo retrocedió y giró sobre sí mismo, luego se sometió a la voluntad de su dueño.

Entonces, alguien se armó de valor. El grupo que se enfrentaba a los hombres a caballo se hizo más denso.

Guy Johnson echó una ojeada severa.

—Presentar una petición al Parlamento es admisible, pero izar una bandera que no es la del Rey es sedición. Una os cubre de ridículo, la otra os lleva al cadalso.

De nuevo silencio. Los miembros del comité evitaban mirarse por temor a ver la incertidumbre en los ojos de sus compañeros.

—¿Queréis seguir el ejemplo de Boston? —continuó Guy Johnson—. Dos fusilazos al ejército del Rey y se les ha subido a la cabeza. Su Majestad posee la flota más poderosa del mundo. Es amigo de los indios. Domina todos los fuertes de Canadá a Florida. ¿Creéis

que los rebeldes de Massachusetts conseguirán algo más que un dogal al cuello?

Hizo una pausa, como para sentir hervir la sangre en las venas de los alemanes.

—La familia Johnson—prosiguió con calma— posee tierras y comercia mucho más que todos vosotros juntos. Seríamos los primeros en estar de vuestro lado, si Su Majestad en verdad pusiera en riesgo el derecho de hacer negocios.

Una voz resonó vigorosa:

—A buen seguro no afectará a sus negocios. Usted es rico y bien relacionado. Los impuestos del Rey nos oprimen a nosotros.

Un coro de aprobación acogió esas palabras. Desde lo alto del cobertizo, Guy Johnson reconoció a Paul Rynard, el tonelero.

Un polvorilla.

El semental de sir John sacudió la cabeza y resopló nervioso; recibió otro tirón.

La fusta del baronet impactó en el cuero de la bota.

—Los impuestos sirven para mantener el ejército —rebatió Guy Johnson—. El ejército mantiene el orden en la colonia.

—¡Al ejército lo necesitan para seguir sometiéndonos! —espetó Rynard.

Los ánimos se encendieron, algunos jinetes por instinto levantaron las armas, pero un gesto de sir John los contuvo.

—Aún no —susurró el baronet.

Guy Johnson, rostro enrojecido, gritó desde lo alto:

—¡Cuando los franceses y sus indios ponían en peligro vuestras tierras, exigíais el ejército a grandes voces! La paz os vuelve arrogantes y estúpidos hasta el punto de desear otra guerra. Cuidado, a los muertos la libertad no les sirve de nada.

—¡Eso es una amenaza! —gritó Rynard.

—¡Que regresen a Irlanda con sus amigos papistas! —gritó alguien.

Una piedra lanzada hacia Guy Johnson no le acertó por poco.

Una mueca de complacido desprecio se dibujó en la cara de sir John.

—Ahora.

Los caballos iniciaron su avance, el comité de seguridad se disolvió en el acto. Los hombres corrieron en todas las direcciones.

El caballo de John Butler arrolló a Rynard, obligándole a revolcarse en el fango. El tonelero se puso de pie, intentó escapar hacia la iglesia, pero sir John le cerró el paso. El baronet lo fustigó con toda su fuerza. Rynard se acurrucó en el suelo, las manos sobre la cara. Por entre los dedos pudo ver a McLeod

desenvainar el sable y lanzarse al galope. Comenzó a arrastrarse, invocando la misericordia de Dios. Cuando recibió un golpe de plano en las asentaderas, gritó alto, en medio de las carcajadas de los jinetes.

Mientras Rynard descubría estar aún con vida, los hombres del Departamento se reunieron en el centro de la explanada. Guy Johnson montó en la silla y se unió a ellos.

Un ligero golpe de espuelas y sir John estuvo junto al Mástil de la Libertad.

Habló de manera que todos le escucharan, dondequiera que estuvieran escondidos.

—¡Oídme bien! Quien quiera desafiar la autoridad del Rey en este condado tendrá que vérselas con mi familia y con el Departamento Indio. —Sus ojos endemoniados parecían detectar a los habitantes uno por uno, más allá de las ventanas oscuras—. Lo juro por el nombre de mi padre, sir William Johnson.

Sacó un pie del estribo. Con algunos puntapiés, el mástil cayó en el fango. ■

